

IMPLICACIONES DE ESPAÑA, COMO PUERTA EUROPEA HACIA EL SUR EN LA EVOLUCIÓN EN EL NORTE DE ÁFRICA

José Enrique Jarque Pérez

*Capitán de fragata, Cuerpo General
Concurrente del XXXI Curso de EMACON.*

Papel de España, como país europeo, en la evolución del norte de África

Introducción

El vertiginoso desarrollo que han experimentado en los últimos años los sistemas de intercambio y difusión de información hasta el punto de llegar a convertir el mundo en la hoy conocida como «aldea global», ha influido de forma decisiva en la interdependencia entre sociedades y culturas antaño distantes y hoy próximas gracias a este proceso de expansión de las comunicaciones.

Pero, si bien este fenómeno —en tanto en cuanto ha permitido un mejor conocimiento entre pueblos y culturas y ha agilizado el intercambio de información y bienes— ha producido efectos beneficiosos para la humanidad, también ha puesto en evidencia las profundas desigualdades de todo orden, político, económico y cultural, existentes entre unas zonas y otras de nuestro planeta.

Y si hay algún sitio en que, por la proximidad geográfica entre regiones muy desiguales, esa fractura es evidente, es precisamente en la frontera sur de España en la que unos escasos 14 kilómetros de mar la separan del continente africano.

Las circunstancias históricas, políticas, geográficas y culturales de nuestro país, lo colocan hoy en día en una situación en la que está obligado a ejercer un papel de liderazgo en las relaciones entre Europa y el norte de África para promover y canalizar los esfuerzos conjuntos de las naciones europeas y norteafricanas para lograr disminuir el abismo de desigualdad e incomprensión existente entre ambas regiones, que pone en serio peligro la paz y la estabilidad en la zona.

Antecedentes históricos

La situación geográfica de España, entre el océano Atlántico y el mar Mediterráneo, ha condicionado la historia de su expansión hacia las tierras de otros continentes. Y así como la gran conocida por su magnitud es la gesta del descubrimiento y colonización del continente americano, ello no significa que no haya existido siempre una especial atención de los gobernantes españoles por la orilla sur del *Mare Nostrum*.

En este caso, a diferencia de lo que ocurrió con América, la proximidad de las costas españolas a las africanas propicio el que ya, desde la época de la dominación árabe en la península Ibérica, entre los siglos x y xiv se establecieran en tierras del norte de África colonias de pescadores y comerciantes mallorquines y andaluces. Asimismo, al ser expulsados los últimos dominadores hispano-árabes del Reino de Granada en 1492, marcharon al vecino continente, formando colonias que aún hoy conservan su particular idiosincrasia árabe-andaluza.

Posteriormente, una vez finalizada la Reconquista, el temor a que las costas del norte de África sirvieran de refugio a piratas que llevaban a cabo incursiones contra el tráfico marítimo en el Mediterráneo y las costas españolas, impulsó una serie de expediciones con el propósito de establecer enclaves en las costas argelinas y marroquíes que sirvieran de salvaguardia al territorio peninsular. Esta presencia española en el norte de África se prolongó hasta nuestros días, con la instauración, a principios de este siglo, del protectorado español sobre la zona norte de Marruecos, que se prolongó hasta 1956, y con la Administración española del territorio de Río de Oro, en el desierto del Sáhara, que perduró hasta la firma de los acuerdos de Madrid de 1975.

La relación constante de España con el norte de África a lo largo de la Historia, junto al legado cultural de los siete siglos de presencia árabe en nuestro país, lo han situado en una posición privilegiada a la hora de apreciar los diferentes fenómenos de toda índole (social, política, económica y religiosa) que se producen en la zona y de hacer llegar esta perspectiva al resto de las naciones de Europa Occidental.

Los espacios mediterráneos

Las relaciones de España con el norte de África no deben examinarse fuera del contexto de lo que constituye el área mediterránea como integración de una serie de espacios característicos, cuyas manifestaciones más evidentes son la geográfica, la política y la religiosa, que le confieren una personalidad especial que condiciona las relaciones entre todos los pueblos cuyas orillas bañan las aguas del Mediterráneo.

Desde el punto de vista geográfico, estas características vienen proporcionadas tanto por el espacio marítimo en sí —como vía de comunicación— como por la rica variedad de países que constituyen el espacio terrestre que lo rodea.

Por destacar algunas de estas características, se debe resaltar que el espacio mediterráneo es nexo de unión de dos grandes océanos, Atlántico e Índico, y punto de encuentro de tres continentes: Europa, Asia y África. Esto hace que sea una de las zonas de mayor densidad de tráfico marítimo y aéreo del mundo. Por otra parte, es una de las zonas de mayor concentración de productos energéticos naturales de la Tierra, y es la cuna de la civilización occidental y, por tanto, la zona de mayor atracción cultural y turística del mundo.

Considerando la región mediterránea desde el punto de vista político, cabe señalar que ésta constituye un espacio único y singular en el que se provoca una clara interdependencia entre todos los acontecimientos que tienen lugar en los países que lo rodean.

Esto es debido a que el *Mare Nostrum*, centro del Imperio Romano, dejó de ser centro para convertirse en frontera cuando el islam irrumpió en el norte de África. Desde entonces, las

diferencias culturales, religiosas, económicas y demográficas han ido conformando un espacio de contrastes que genera desequilibrios.

El desigual desarrollo económico, el desequilibrio demográfico y la inestabilidad política en el norte de África son las tres grandes características del área mediterránea que contribuyen a la existencia de tensiones en el sentido Norte-Sur. Estos tres factores de tensión tienen una íntima relación entre sí, y tienden a su vez a implicar inevitablemente a todos los países que en sus orillas norte y sur, baña el Mediterráneo.

Las diferencias de desarrollo económico, que separan cada vez más a un Norte próspero e industrializado de un Sur subdesarrollado, se unen al desigual crecimiento de las poblaciones, en este caso a favor del Sur, provocando una imparable tendencia migratoria hacia Europa que, como consecuencia derivada, contribuye a hundir aún más a los países del norte de África, dado que son los más audaces y con más ganas de progreso personal los que abandonan sus países, dejando atrás a los más ineptos.

A estos factores de perturbación socio-económico se añade la dificultad añadida de la falta de estabilidad política inherente a los Estados norteafricanos, que hace muy problemático el desarrollo de las iniciativas de cooperación política que promueven los vecinos Estados del Norte.

La existencia de regímenes políticos con una fuerte presencia de radicalismo nacionalista o religioso, que ve en la vecina Europa a las antaño potencias colonizadoras, supuesto origen de todos sus males y, por otro lado, una sociedad occidental celosa de preservar sus cuotas de bienestar, dificultan enormemente las posibilidades de cooperación en todos los órdenes.

Este mundo de contrastes e interdependencias se desarrolla en un espacio en el que, para complicar el cuadro, además de los países de la zona, intervienen potencias extra mediterráneas en defensa de sus intereses, principalmente en el aspecto de la libertad del comercio mundial y el aprovisionamiento de productos energéticos.

Debido a ello, al juego político de intereses Norte-Sur se superpone a la continua presencia de potencias como Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia que llegan incluso a imponer, como en el caso de Estados Unidos con Oriente Medio, zonas exclusivas de actuación en las que se reserva la iniciativa.

Continuando con el estudio de las diferentes facetas que definen el mundo mediterráneo, no puede dejar de mencionarse, por su importancia, el fenómeno religioso.

El Mediterráneo es punto de encuentro de las tres grandes religiones monoteístas de la humanidad. Las religiones cristiana, judía y musulmana son las profesadas mayoritariamente por las sociedades que forman los pueblos que integran el espacio geopolítico mediterráneo, creando un clima de contraste cultural que tiene, en muchas ocasiones, consecuencias políticas.

Esta influencia de la religión en lo social y lo político tiene su máximo exponente en el auge del fundamentalismo islámico en los países en los que esta religión es la de la inmensa mayoría de sus habitantes.

Este fenómeno, que siempre ha existido en el seno de las sociedades islámicas, se percibió como algo muy próximo desde las sociedades del sur europeo a partir del triunfo del Frente Islámico de Salvación argelino en las elecciones municipales del 12 de junio de 1990. La actitud del Gobierno argelino, anulando las elecciones en una acción que puede calificarse de auténtico golpe de Estado, y la violenta reacción de los movimientos islámicos que han sumido al país argelino en una situación de guerra civil cuyas consecuencias podemos comprobar cada día en las noticias de prensa, sembraron la alarma entre los gobiernos de Europa Occidental, especialmente entre los mediterráneos. Pero, aunque el fundamentalismo islámico se haga más patente en Argelia por sus trágicas consecuencias, su presencia es también importante en todos los países musulmanes del Mediterráneo.

Este conjunto de particularidades, que dan al Mediterráneo su personalidad propia, lo han convertido a lo largo de la historia en polo de atracción de todas las naciones, tanto para las ribereñas de sus aguas —entre las que España no ha sido una excepción— como para todas las grandes potencias no mediterráneas.

La política exterior española en el Mediterráneo

Para examinar las diferentes iniciativas que, a través de su política exterior, ha promovido o está llevando a cabo España para fomentar las relaciones de cooperación Norte-Sur en el área del Mediterráneo, es necesario en primer lugar hacer un breve repaso a lo que ha sido el quehacer político de los diferentes gobiernos españoles en este terreno a lo largo del siglo que ahora acaba.

España, que comenzó el siglo en una débil posición política tras la liquidación de las últimas posesiones de lo que fue su imperio colonial americano, trató de recuperar el peso perdido en el concierto internacional mediante la búsqueda de nuevos horizontes, comenzando así la aventura africana que marcó la totalidad de los gobiernos de la monarquía de Alfonso XIII: la intervención española en el protectorado de Marruecos.

Esta empresa africana no sólo no logró el objetivo propuesto en política exterior, sino que perturbó notablemente la política interior hasta el punto de ser una de las causas de la dictadura del general Primo de Rivera y de la posterior caída del régimen monárquico.

Tras el breve y turbulento paréntesis de la Segunda República —en el que una vez más la política interior primó sobre la acción exterior— y el periodo de aislamiento internacional que siguió a la guerra civil, la diplomacia española buscó apoyos externos, para vencer las reticencias a su integración que aún encontraba en las organizaciones internacionales, en el mundo árabe, compuesto por naciones que acababan de acceder a la independencia y que también buscaban alianzas internacionales para su política exterior.

Esta doble conjunción de intereses vino a marcar una decidida identificación de la política exterior con la causa árabe, fundamentalmente en el conflicto de estas naciones con Israel lo que, por otra parte, retrasó el establecimiento de relaciones diplomáticas de nuestro país con el Estado hebreo hasta 1986, restando libertad de acción a nuestra diplomacia a la hora de ejercer un papel estabilizador en la difícil situación de Oriente Medio.

La instauración en España de un régimen democrático a partir de 1975 le abrió las posibilidades de alcanzar un puesto en la escena internacional acorde con su situación geopolí-

tica, e importancia económica. El ingreso en la Unión Europea, la Organización de Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Unión Europea Occidental (UEO) marcaron el punto culminante de esta recuperación del puesto perdido en el concierto de las naciones.

Llegados a este punto, hay que destacar que la continuidad a lo largo de los años, desde la ruptura del aislamiento internacional en los años cincuenta, de la acción exterior española en el mundo árabe ha colocado a nuestro país en una situación privilegiada de cara a las relaciones Norte-Sur en el Mediterráneo.

De esta forma, España ha alcanzado una posición internacional en la que su plena integración en el mundo occidental por un lado, y el mantenimiento de las tradicionales buenas relaciones con las naciones árabes, así como el reconocimiento del Estado de Israel y de la Organización para la Liberación de Palestina por otro, la sitúan en un puesto clave a la hora de ejercer un papel de liderazgo en las iniciativas de diálogo que se lleven a cabo entre los países mediterráneos.

Esta situación privilegiada de España se produce en un momento en el que, tras el final de la guerra fría, el papel del Mediterráneo ha sufrido un profundo cambio en la situación geoestratégica de Europa ya que, considerada como un escenario secundario que flanqueaba la línea de confrontación Este-Oeste centroeuropea, la región mediterránea ha pasado a ser una de las principales áreas de potenciales crisis que deben ser consideradas por las naciones occidentales.

Dentro de esta nueva situación, hay que señalar que para Estados Unidos, como única superpotencia mundial surgida de la finalización de la guerra fría, el problema mediterráneo se centra fundamentalmente en la situación de Oriente Próximo y Medio, y en el mantenimiento del suministro de productos energéticos procedentes de los campos de petróleo del golfo Pérsico. En esta región mediterránea, aunque, como se puso de manifiesto con motivo de la organización por España de la Conferencia de Paz de 1991, hay signos de que Estados Unidos reconoce el papel que pueden jugar las naciones europeas en el desarrollo del proceso, la realidad es que los fuertes intereses norteamericanos en la zona y las repercusiones que el desarrollo del proceso de paz pueden tener sobre la situación en el cercano Oriente Medio, hacen que la diplomacia de Estados Unidos deje muy poco margen de intervención al resto de las naciones europeas.

El papel de España en el Mediterráneo Occidental

La región occidental del Mediterráneo, constituida por los países del Magreb en el Sur y España, Francia e Italia por el Norte, constituye el área de interés preferente para la acción exterior española.

Ya se han señalado anteriormente las circunstancias históricas que han hecho del Magreb un escenario preferente de nuestra acción exterior, a las que hoy en día hay que añadir el estrechamiento de las relaciones con los países de la zona que significa el aumento de la interdependencia energética, plasmado en el gasoducto Magreb-España bajo el estrecho de Gibraltar a través del cual España recibe gas argelino por un valor equivalente al 70% de su consumo total y en la conexión, también bajo las aguas del Estrecho, de las redes eléctricas española y marroquí. Esta conexión ha permitido la entrada de la empresa eléctrica marroquí Office Nationale de Electricité como agente externo de la red eléctrica espa-

ñaola convirtiéndose en la primera empresa eléctrica no comunitaria que puede comprar y vender energía en el mercado español.

No sólo el mercado de la energía contribuye al aumento de la interdependencia de nuestro país con los vecinos magrebíes. El desequilibrio económico y demográfico entre ambas orillas del Mediterráneo y la situación de España como frontera sur de la Unión Europea la convierten en punto de destino y paso de una oleada humana que, motivada por el exceso de población y el empobrecimiento de sus países de origen, huye hacia el Norte en busca del bienestar que no pueden encontrar en sus sociedades. Para ilustrar la importancia de este fenómeno migratorio, baste decir que en 1998 se detuvo, sólo en Andalucía, a 4.500 inmigrantes ilegales de los que 3.349 eran marroquíes. Además, según estas mismas fuentes, se cifra en 800 personas el número de las que diariamente intenta traspasar ilegalmente la frontera de Ceuta.

Dentro del conjunto de las relaciones de España con los países del Magreb, hay que diferenciar los aspectos bilaterales de los que, en el seno de las organizaciones internacionales se desarrollan en el ámbito multilateral.

Los fundamentos de la política exterior española desarrollada a nivel bilateral con los países del área del Magreb se pueden resumir en los siguientes principios: defensa y promoción de los intereses españoles en las esferas política, de seguridad, económica y sociocultural; fomento de la prosperidad económica y estabilidad social y política de todos los Estados que integran el Magreb mediante una política de cooperación eficaz y, por último, institucionalización del diálogo político mediante encuentros periódicos a nivel bilateral.

Estas líneas de acción política se han materializado con la entrada en vigor el 28 de enero de 1993 del Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación entre España y Marruecos, y en la firma, el 26 de octubre de 1995 de un tratado similar con Túnez.

En el caso de Mauritania, la orientación de nuestra política exterior es similar a la mantenida con Marruecos y Túnez, con las lógicas diferencias impuestas por el menor potencial político y económico de este país.

Mención especial merecen los casos de Argelia y Libia. Con el primer país se mantienen unas buenas relaciones económicas materializadas en la construcción del gasoducto Argelia-España por el Estrecho. Esta obra ha tenido también la virtud de implicar, como país usuario y de paso, a Marruecos, lográndose una cooperación entre dos países magrebíes que a lo largo de su historia han tenido importantes diferencias que han llevado la inestabilidad a la región. Sin embargo, las relaciones políticas a nivel institucional se han visto dificultadas por el deterioro que sufre la situación interior argelina desde 1992.

En el caso de Libia, las posibilidades de desarrollar una política siguiendo las líneas expuestas anteriormente tropiezan con la dificultad de la situación internacional del país africano, aunque el reciente levantamiento del embargo a que estaba sometido este país por su relación con casos de terrorismo internacional como el atentado de Lockerbie, permiten abrir la esperanza a una normalización de las relaciones bilaterales a nivel político con un país con el que nos unen importantes lazos económicos en el campo de los productos energéticos.

Desde el punto de vista multilateral, España participa, como país miembro de todas las organizaciones multinacionales occidentales, en el conjunto de relaciones que a nivel multilateral establecen estas organizaciones con naciones no pertenecientes a las mismas aunque, como veremos más adelante, las naciones que componen estas organizaciones no siempre tienen criterios coincidentes sobre cuales deben ser las líneas maestras de las relaciones que, como organización supranacional, se deben de establecer con los demás países del mundo.

Y es precisamente en este aspecto en el que España juega un papel fundamental a la hora de hacer ver a nuestros socios en todas estas organizaciones la importancia que para Occidente tiene la estabilidad del Mediterráneo y, más concretamente, del Magreb.

Dentro del complejo marco de las relaciones internacionales de los países de Europa Occidental y sus aliados americanos con sus países vecinos del norte de África, merecen destacarse las siguientes circunstancias que dificultan la labor de España en su política de promover el diálogo Norte-Sur entre ambas orillas del Mediterráneo:

- Para un buen número de países europeos, la reconstrucción de las economías de los países del este de Europa debe ser misión prioritaria de la Unión Europea como medio de evitar que se reproduzcan las condiciones previas a la Segunda Guerra Mundial.
- Los problemas que puedan venir de la orilla sur del Mediterráneo se consideran inevitables, dada la falta de estabilidad política interna y el carácter no democrático de sus gobiernos. Esta actitud induce a considerar el Sur exclusivamente como un foco de riesgo para Europa y a contemplar el problema tan sólo bajo una óptica defensiva.
- La apertura económica de la Unión Europea a los países del Magreb incide fundamentalmente en un sector, el agrícola, que está fuertemente subvencionado y protegido en el seno de la Unión, y que es origen de muchos problemas intracomunitarios.
- La asignación de recursos económicos a los países del Magreb puede ir en menoscabo de los fondos de cohesión de la Unión Europea, lo que perjudicaría a los países receptores de estos fondos, entre ellos España.

A pesar de todos estos perjuicios e inconvenientes, España ha liderado en los últimos años una serie de iniciativas en la comunidad internacional occidental que, con mayor o menor éxito, tratan de obtener el necesario clima de confianza y seguridad que favorezca la estabilidad en la región mediterránea.

Ejemplos de esta iniciativa española son el «Diálogo Mediterráneo» de la OTAN y las políticas mediterráneas de la UEO y de la Unión Europea

En el primer caso, la Alianza Atlántica, bajo el decidido impulso de España, ha desarrollado una iniciativa, conocida como «Diálogo Mediterráneo», de cooperación con los países no aliados del área mediterránea como medio para contribuir a la seguridad y la estabilidad en el Mediterráneo, lograr un mejor entendimiento mutuo y evitar malentendidos en aspectos relacionados con la seguridad regional.

Otro ejemplo de la labor diplomática de nuestro país en el terreno multilateral lo constituye el logro de la institucionalización en el seno de la UEO de un subgrupo de contacto mediterráneo constituido en el Consejo Ministerial de Petersberg en 1992, que aprobó la iniciación de un proceso de diálogo con los países del norte de África que, con el impulso

decisivo de España, Francia e Italia, se elevó en 1993 a la categoría de grupo, reforzando de este modo la política mediterránea de la Organización.

En el seno de la Unión Europea, las iniciativas españolas de apoyo a la cooperación mediterránea se materializaron en 1990 con la convocatoria de una Conferencia Ministerial Euromediterránea que tuvo lugar en Barcelona, los días 27 y 28 de noviembre de 1995. Esta Conferencia, que se desarrolló bajo la Presidencia española de la Unión Europea, reunió por primera vez a los representantes de todo el espacio mediterráneo abriendo unas perspectivas de colaboración a nivel regional hasta entonces nunca vistas.

En este foro de diálogo se abarcaron todos los temas relativos al progreso y la estabilidad regional encuadrados en tres grandes áreas: colaboración política y de seguridad, cooperación económica y problemática social y humana.

Conclusiones

A lo largo de las páginas precedentes, se ha realizado un recorrido por las diferentes particularidades de toda índole culturales, religiosas, políticas y económicas que hacen de la región mediterránea un espacio singular en el que Europa y África se encuentran y en el que España, como nación mediterránea tiene un interés preferente.

Este conjunto de singularidades se desarrolla en un espacio geográfico reducido y rodeado de un variado mosaico de naciones que crea el escenario en el que tiene lugar la acción política en sentido Norte-Sur y Sur-Norte entre los países europeos y los norteafricanos.

En ese espacio político se ha venido llevando a cabo una constante actuación diplomática española que, arrancando en los mismos orígenes nacionales, ha ido evolucionando desde una actividad en principio unilateral, hasta la situación actual en la que la política exterior española se desarrolla en el seno de las organizaciones supranacionales occidentales a las que nuestra nación pertenece como miembro de pleno derecho.

Ha llegado el momento de avanzar en este campo y fomentar la estabilidad mediterránea desterrando recelos que tan sólo conducen a elevar la tensión en la región y a desviar recursos hacia el rearme que son vitales para promover el desarrollo económico y eliminar las bolsas de pobreza de los países del Sur, auténtica amenaza, para la seguridad regional.

Con este espíritu España, junto a sus socios europeos mediterráneos, debe continuar liderando un proceso de acercamiento entre ambas orillas del *Mare Nostrum* con los siguientes objetivos:

- En el campo militar, fomentar las medidas de confianza mutuas entre los países del norte de África y las organizaciones militares occidentales (UEO y OTAN) que eliminen motivos de fricción y prevengan malentendidos. El fin último ha de ser la creación de una Asociación Euromediterránea en la misma línea que la Asociación para la Paz entre la OTAN y los países del centro y este de Europa. Estas medidas de confianza han de dar paso a un proceso de control de armamentos convencionales y no convencionales que libere fondos para fomentar la prosperidad económica del norte de África.

- En el terreno político, vencer la inercia hacia el Este de los países de la Unión Europea y las grandes potencias mundiales, Estados Unidos y Rusia, y atraer su atención hacia lo que ocurre en la frontera sur de Europa. En este terreno, no deja de ser significativo el hecho de que, mientras los incidentes sangrientos en los Balcanes provocan ríos de tinta en la prensa escrita y un lugar preferente en las noticias de radio y televisión, las continuas matanzas de Argelia han pasado a un oscuro lugar en páginas centrales. También es llamativo el poco esfuerzo que la comunidad internacional ha puesto para tratar de solucionar el drama argelino.
- En el campo económico España debe luchar incluso contra sí misma, para vencer las inercias proteccionistas en la Unión Europea ante los productos norteafricanos, fundamentalmente agrícolas. El desarrollo económico de estos países es condición indispensable para la estabilidad mediterránea, mientras que la pobreza en las sociedades de la orilla sur es caldo de cultivo para las posturas políticas más radicales que señalan el egoísmo occidental como el origen de todos sus males.
- Por último, en los aspectos sociológicos y culturales, España, por su tradición cultural ligada al mundo árabe, debe liderar un movimiento europeo de comprensión de las diferentes actitudes en los países árabes en el terreno de la cultura y los derechos humanos. Una política en pro de una modernización de las sociedades norteafricanas debe apoyar cuantas iniciativas surjan en este sentido de las mismas, pero sabiendo respetar los tiempos y los procesos y no queriendo imponer ritmos que podrían ser considerados como una injerencia inadmisible por unas sociedades muy sensibilizadas por el recuerdo de su pasado colonial.

Para finalizar, es preciso señalar que de la actitud que España y el resto de los países de la Unión Europea mantengan en el proceso de diálogo euromediterráneo depende en gran medida el éxito de la futura Europa unida.

En estos momentos, las sociedades europeas occidentales constituyen una isla de estabilidad y progreso rodeadas de un océano de pobreza e incertidumbre política. Si España, junto a sus socios europeos, no es capaz de articular una política exterior y de seguridad común que sepa conjugar los intereses nacionales para hacer frente a los retos que afronta Europa en sus fronteras Este y Sur, difícilmente se podrá mantener una unidad, basada tan sólo en la economía, ante unas fronteras que encierran un mundo de incertidumbre e inestabilidad. Las buenas dosis de audacia e iniciativa que han dado lugar al nacimiento del euro como moneda única deberán ser empleadas también a la hora de hacer frente a los retos que suponen la contribución europea al desarrollo de las sociedades de la orilla sur del Mediterráneo

Bibliografía

Libros

- *La Política Exterior española en el siglo xx*. R. CALDUCH y varios autores más. Ediciones Ciencias Sociales, S. A. Madrid, 1994.
- *España y el Magreb*. R. MESA GARRIDO y varios autores más. Fundación el Monte. Sevilla, 1994.
- *La Política Exterior y de cooperación de España en el Magreb (1982-1995)*. MIGUEL H. DE LARRAMENDI y JESÚS A. NÚÑEZ. Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación. Madrid, 1996.

Revistas y publicaciones periódicas

• *Revista Española de Defensa*

- Número 38, abril 1991. MIGUEL HERRERO Y RODRÍGUEZ DE MIÑÓN, «La seguridad del Mediterráneo como espacio político».
- Números 89-90, julio-agosto 1995. MARCELINO GONZÁLEZ, «La OTAN y el norte de África».
- Número 109, mayo 1997. RAMÓN D. ORTIZ, «Mediterráneo. Entre la crisis y la cooperación». J. ENRIQUE HORCAJADA SCHWARTZ, «La apuesta de la cooperación».

• *Revista Ejército*

- Número 670, febrero 1996. JORGE UXÓ GONZÁLEZ, «Situación económica del Mediterráneo». MARÍA DEL MAR IGLESIAS OSTIATEGUI, «Aspectos sociales en el Mediterráneo». LUIS ESTEBAN MONTERO, «Conferencia Euromediterránea de Barcelona: una esperanza para el futuro».

Cuadernos de Estrategia del CESEDEN

- Número 72, diciembre 1994. «El equilibrio aeronaval en el área mediterránea. Zonas de irradiación de poder».
- Número 93, mayo 1997. «Cooperación hispano-franco-italiana en el marco de la PESC».
- Número 96, abril 1998. «Panorama estratégico 97-98».

Boletín de Información del CESEDEN

- Número 245, 1996. MARÍA DEL MAR IGLESIAS OSTIATEGUI, «España y la seguridad en el Mediterráneo Occidental. PEDRO MOYA MILANÉS, «El desafío mediterráneo. Estructuras de cooperación y seguridad». JULIÁN PEÑAS MORA, «Pasado y presente del Panislámica».

Política exterior

- Número 27, primavera 1992. GABRIEL MAÑUECO, «España ante la crisis argelina». JOAQUÍN VILLALBA, «El largo camino hacia el Magreb unido».
- Número 58, julio-agosto 1997. FRANCISCO GHILES, «Marruecos». GEMMA MARTÍN MUÑOZ, «Argelia».
- Número 66, noviembre-diciembre 1998. JULIO TRUJILLO, «La cortina de humo islámica». SHOMO BEN AMI, «Europa y Oriente Próximo».

NATO Basic Facti Sheet

- Número 16, mayo 1997. «The Mediterranean Dialogue».

North Atlantic Military Committee

- IMSM-729-97 (14 de noviembre 1997). «Status Report on Mediterranean Dialogue».

Revistas de la OTAN

- Número 3, 1996. RONALD D. ASMUS y otros, «Mediterranean Security: nex Challenges, New Tasks».
- Julio-agosto 1997. JETTE NORDMAN, «Diálogo Mediterráneo: disipar malentendidos y fomentar la confianza».

Meridiano Ceri

- Octubre 1997. JOHN MARKS, «La situación política magrebí y la Asociación Euromediterránea».